

UN TROZO DE CRISTOLOGIA VIVIENTE: FRANCISCO DE ASIS

Empresa arriesgada, ciertamente, intentar a estas alturas sistematizar las líneas generales de la cristología de Francisco de Asís. Y calificamos de empresa arriesgada, pues estos últimos años se han multiplicado las obras, artículos más o menos científicos, en torno a la figura del Proverello, a causa de las efemérides franciscanas que se han ido celebrando:

- 1973 = 750 aniversario de la confirmación papal de la Regla bu-
lada.
- 1976 = 750 aniversario de la muerte del Poverello.
- 1982 = octavo centenario del nacimiento de Francisco de Asís¹.

No obstante, dada la finalidad que intenta este número monográfico de la revista «Estudios Eclesiásticos», puede suponer algo positivo el enfoque comparativo de las distintas concepciones que los diferentes fundadores de órdenes religiosas han desarrollado en torno a su comprensión del único modelo de perfección cristiana, Cristo Jesús. Pues no cabe duda, como afirma el Vaticano II: «Siendo la última norma de la vida religiosa el seguir a Cristo según el Evangelio, ésta ha de ser la regla suprema para todos los institutos»². Con todo, en ese segui-

¹ Y prescindimos de otras fechas que han tenido igualmente su resonancia en el mundo cultural franciscano, por ejemplo, el año 1974=750 aniversario de la impresión de las llagas, etc.

² Decreto *Perfectae Caritatis*, 2. Cf. *Concilio Vaticano II. Constituciones. Decretos. Declaraciones* (BAC 252), Madrid 1965, 480.

miento de Cristo los santos fundadores han captado perspectivas distintas, las han matizado a partir de los condicionamientos de tiempo y lugar en que les ha tocado vivir, han querido responder a unas exigencias eclesiales imperiosas de su época, etc., pero siempre partiendo de la contemplación de ese complejo teándrico en quien se halla la «plenitud de toda la revelación»³.

FRANCISCO: EL ADMIRADOR DEL ALTÍSIMO

No creo que nos dejemos llevar de nuestro afecto filial a Francisco si afirmamos que pocos fenómenos, dentro de la historia de la espiritualidad cristiana, son comparables al movimiento surgido a raíz de la espléndida figura del Santo de Asís. Francisco se ha convertido, a través de los siglos, en un punto de referencia inigualable que ha dado origen a tantos movimientos que ven en el Poverello una de las posibilidades más aptas de adaptación continua del mensaje de Cristo a las exigencias y necesidades imperiosas de los tiempos.

Francisco es el santo universal cuya personalidad y vivencia de Cristo le hacen el personaje idóneo en orden a plasmar el mensaje concreto para toda época y situación: así, para los períodos tranquilos, etc., será el santo de la alegría; para tiempos turbulentos, de lucha de clases, etc., será el santo de la paz, de la concordia; para momentos de desviaciones, etc., será el hombre pobre y totalmente libre.

Toda esta serie de afirmaciones entraña un gran fondo de verdad. Pero conlleva igualmente una dificultad y hasta un peligro: el intentar plasmar en una idea central, en una virtud característica, lo propio y específico de Francisco y su espiritualidad. Y ello no constituye un fenómeno propio de nuestros días; por el contrario, bien podemos afirmar que el movimiento que surge de Francisco ejerce ya en su misma época histórica, e igualmente en los siglos posteriores, una tal influencia que ha dado lugar a una copiosa literatura, a unas acaloradas discusiones, a posturas vivenciales muy diversas, y siempre basándose en su figura, en su espiritualidad, en su vida. De ahí nace lo que en la actualidad, plagiando el apartado de la «cuestión sinóptica» en las ciencias bíblicas, apellidamos la «cuestión franciscana»: no todos los escritos sobre el Poverello tienen la misma perspectiva ni el mismo valor, no todos reflejan la misma fidelidad «histórica» a la persona y a la obra del Poverello. Si en la composición de los evangelios, conforme a lo que se enuncia en el Vaticano II, se redactan los evangelios, bien «escogiendo

³ Constitución Dogmática *Dei Verbum*, 2. Cf. *Concilio Vaticano II*, 125.

algunas cosas de las muchas que ya se transmitían de palabra o por escrito, sintetizando otras o explicándolas atendiendo a la condición de las Iglesias»⁴, algo semejante ha acaecido con la figura y la obra de Francisco de Asís: ya a partir del mismo siglo XIII, en que vive y muere el Poverello, los escritos franciscanos reflejarán con frecuencia una verdadera interpretación del Santo y su espiritualidad, pero adaptando todo ello a la lucha, «prejuicios», etc., que imbuían a los distintos autores y, sobre todo, a los diferentes movimientos que surgen de la rica personalidad del Asisiense⁵.

⁴ Constitución Dogmática *Dei Verbum*, 19. Cf. *Concilio Vat. II*, 140.

⁵ Por dicha razón procuramos en nuestro estudio circunscribirnos preferentemente a los escritos considerados unánimemente como auténticos de Francisco. Para su citación nos servimos de la obra *San Francisco de Asís. Escritos. Biografías. Documentos de la época*, edición preparada por José Antonio Guerra (BAC 399), Madrid 1978.

Por lo que mira a las siglas y abreviaturas, nos atenemos igualmente a las empleadas en dicha obra, conforme al esquema siguiente:

I. *Escritos de San Francisco*

Adm	Admoniciones
AID	Alabanzas al Dios altísimo, escritas por el hermano León
AlHor	Alabanzas para todas las horas
BenBer	Bendición al hermano Bernardo
BenL	Bendición al hermano León
Cánt	Cántico de las criaturas
CtaA	Carta a las autoridades de los pueblos
CtaAnt	Carta a San Antonio
CtaCle	Carta a los clérigos
1CtaCus	Primera carta a los custodios
2CtaCus	Segunda carta a los custodios
1CtaF	Carta a todos los fieles, primera redacción
2CtaF	Carta a todos los fieles, segunda redacción
CtaL	Carta al hermano León
CtaM	Carta a un ministro
CtaO	Carta a toda la orden
ExhAD	Exhortación a la alabanza de Dios
ExhCl	Exhortación cantada a Santa Clara y sus hermanas
FVCl	Forma de vida para Santa Clara
NACl	Normas sobre el ayuno a Santa Clara
OfP	Oficio de la Pasión del Señor
OrSD	Oración ante el crucifijo de San Damián
ParPN	Paráfrasis del Padre nuestro
1R	Primera Regla (la de 1221)
2R	Segunda Regla (la de 1223)
REr	Regla para los eremitorios
SalVM	Saludo a la bienaventurada Virgen María
SalVir	Saludo a las virtudes
Test	Testamento
TestS	Testamento de Siena

Ello no debe extrañarnos, pues Francisco no es un teólogo ni un sistemático. Aunque pueda parecer una paradoja tras enunciar la finalidad de este artículo, no posee una teología propia, ni siquiera una cristología. Pero como muy bien expresa el autor de la Introducción a los Escritos de San Francisco: «Nada hay que menos sean meras ideas y lucubraciones que los escritos de Francisco. Son, de todas todas y decididamente, vida y experiencia, y hacia ellas apuntan y urgen»⁶. En Francisco hay una vida, una experiencia existencial, que es el camino por el que se llega a la contemplación del objeto de la teología y de la cristología: «Son misterios de Dios que Francisco va descubriendo; y, sin saber cómo, es encaminado a la ciencia perfecta» (2C 7).

En el joven Francisco la visión de Espoleto representa el punto de partida de toda su trayectoria espiritual. Su ideal de trocarse en renombrado caballero, al estilo medieval, se concretizará paulatinamente en un servicio total, incondicional y definitivo al verdadero Señor. Bajo las imágenes de pleitesía y acatamiento que todo caballero debe a su señor, describe la visión de Espoleto el autor de la Leyenda Mayor: «Emprendió poco después el viaje, dirigiéndose a la próxima ciudad, y he aquí que de noche oyó al Señor que le hablaba familiarmente: "Francisco, ¿quién piensas podrá beneficiarte más: el señor o el siervo, el rico o el pobre?" A lo que contestó Francisco que, sin duda, el señor y el rico. Prosiguió la voz del Señor: "¿Por qué entonces abandonas al

UltVol Última Voluntad a Santa Clara
VerAl La verdadera y perfecta alegría

II. *Biografías*

1C Celano: Vida primera
2C Celano: Vida segunda
3C Celano: Tratado de los milagros
LM San Buenaventura, Leyenda mayor
Lm San Buenaventura, Leyenda menor
TC Leyenda de los tres compañeros
AP Anónimo de Perusa
LP Leyenda de Perusa
EP Espejo de perfección
Flor Florecillas
LI Consideraciones sobre las llagas
SC Sacrum commercium

A causa de los límites de espacio, que se nos ha prefijado por la dirección de la revista, hemos optado por la eliminación casi total de la amplia bibliografía existente sobre los temas desarrollados a lo largo del artículo.

⁶ *San Francisco de Asís...*, 5.

Señor por el siervo y por un pobre hombre dejas a un Dios rico?» (LM 1,3; cf. TC 6).

Es llamativo que en la descripción de esta visión el autor de la *Lección Mayor* ponga en labios de Francisco la pregunta que en Hch 9,6 aparece igualmente en labios de Saulo en el momento inicial y decisivo de su conversión: «¿Qué quieres, Señor, que haga?» (LM 1,3). No en vano, tras la visión de Damasco, Pablo se transformó en el gran apóstol del Kyrios, el título de gloria y dignidad que, entre otros empleados por Pablo, es el más usado y más característico en la teología paulina.

En los escritos de Francisco también merece ser recalcado que el título de «Señor» es el que más aparece. Aun cuando, y así lo anota López, «ha podido influir en ello el contexto histórico-social-ecclesial de entonces en el que dicho nombre, además de hacer referencia al señor feudal, subrayaba en teología la divinidad como consecuencia de la lucha antiarriana que aún por entonces preocupaba a la Iglesia»⁷, con todo, el título de Kyrios evocaba a Francisco una natural connotación con el mensaje de salvación y con el autor divino de la historia salvífica. No podemos olvidar que en el Antiguo Testamento, de las 8.400 veces que aparece el término Kyrios en la traducción de los LXX, 8.000 se refiere a Dios; y en el Nuevo Testamento, de las 714 veces que aparece, 127 se refiere a Dios Padre y 491 veces a Cristo⁸. Con acierto ha llegado a decir Schmitt que la expresión simple *Κύριος Ἰησοῦς* encierra en toda su profundidad «l'énoncé même de la foi»⁹.

Este punto de partida hace que la contemplación o la admiración de Francisco se centre en Dios; si Cristo entra, y de lleno, en la espiritualidad de Francisco, se debe a que lo contempla y lo admira dentro del marco teocéntrico. Ni nos debe extrañar que en un período en que la liturgia todavía no había introducido la fiesta de la Trinidad, Francisco hable tantas veces de la Trinidad. Es que la economía cristiana, como dice el Vaticano II, se fundamenta en ese acto de amor por el que «dispuso Dios revelarse a sí mismo y dar a conocer el misterio de

⁷ S. LÓPEZ, *Cristología de Francisco de Asís. Sus notas principales*: Selecciones de Franciscanismo 34 (1983) 105-106.

⁸ Cf. sobre el particular: J. GOITIA, *La Fuerza del Espíritu*, Bilbao 1974, 89-94.

⁹ J. SCHMITT, *Jésus ressuscité dans la prédication apostolique*, Paris 1949, 67. Por lo demás, según los cálculos hechos por Teixeira, aparece el término «Dominus» más de 400 veces en los escritos de Francisco, lo que ciertamente constituye una cifra descomunal, si se tiene en cuenta la relativamente corta extensión de sus escritos: «O termo "Dominus" é o substantivo mais usado por Francisco em seus escritos. Encontra-se mais de 400 vezes. É atribuído ao Pai, ao Filho, à SS. Trindade como tal. Quando cita o nome de Jesus Cristo, quase sempre acrescenta o termo "Dominus" com raras exceções.» C. M. TEIXEIRA, *Deus na experiência pessoal de S. Francisco de Assís*: Laurentianum 23 (1982) 207.

su voluntad (cf. Ef 1,9) mediante el cual los hombres, por medio de Cristo, Verbo encarnado, tienen acceso al Padre en el Espíritu Santo y se hacen consortes de la naturaleza divina (cf. Ef 2,18; 2 Pe 1,4)»¹⁰.

Es por lo que hablar de cristocentrismo en Francisco puede entrañar su lado negativo. Todos los «...ismos» llevan de por sí cierta radicalidad. Francisco ha respirado una atmósfera certera y segura: la de la historia de la salvación. Y en esa historia Cristo es el enviado y la Palabra del Padre, siendo obligada por tanto la referencia al Padre, al Dios Trino y Uno. Cuán sencillamente, pero con esa profundidad que brota de las categorías escriturísticas, lo expresa Francisco: «Este Verbo del Padre, tan digno, tan santo y glorioso, anunciándolo el santo ángel Gabriel, fue enviado por el mismo altísimo Padre desde el cielo al seno de la santa y gloriosa Virgen María, y en él recibió la carne verdadera de nuestra humanidad y fragilidad... Y la voluntad de su Padre fue que su bendito y glorioso Hijo, a quien nos dio para nosotros y que nació por nuestro bien, se ofreciese a sí mismo como sacrificio y hostia...» (2CtaF 4.11).

Es una faceta que la *Commissio Theologica Internationalis*, en su sesión plenaria de 1981, ha creído oportuno recalcar: «Quia enim theismus christianus proprie consistat in Deo trino qui unice in Iesu Christo per revelationem nobis innotescit, ideo ex una parte cognitio Iesu Christi ducit ad cognitionem Trinitatis et adimpletur in ea; ex altera parte, non datur cognitio Dei trini nisi in ipsa cognitione Iesu Christi. Exinde sequitur nullam esse distinctionem inter theocentrismum et christocentrismum, sed utrumque consonare. Christocentrismus, notionibus minus propriis sepositis, connotat proprie christologiam Iesu Nazareni, quae in sua profundiore intentione sumpta, dicit "singularitatem" Iesu; singularitas Iesu vero proprie cum revelatione Trinitatis consentit, cum definiatur, ex una parte, eius ipsius cum Patre et Spiritu Sancto singulari relatione; et consequenter, ex altera parte, eius singulari ratione essendi cum et pro hominibus»¹¹.

En Francisco se da un equilibrio perfecto entre la contemplación teológica y cristológica. Más bien tendríamos que decir que, al contemplar a Dios, contempla eodem intuitu «al Señor de la majestad que se ha hecho hermano nuestro» (2C 198). De ahí que Francisco sea por excelencia el contemplativo, el admirador de la grandeza de Dios, grandeza que se trueca necesariamente en bondad¹². Gustará Francisco de

¹⁰ Constitución Dogmática *Dei Verbum*, 2. Cf. *Concilio Vat II*, 125.

¹¹ Documento de la Comisión Teológica Internacional, tomado del texto publicado en *Gregorianum* 64 (1983) 9.

¹² El renombrado historiador de la Iglesia, Lortz, apellida a Francisco de Asís el

apellidar a Dios el sumo y todo Bien (1R 17,17-18; 23,9; 2CtaF 61-62; ParPN 2; AlHor 11; AID 3), el único Bien (1R 23,9; AlHor 11), fuente del bien (1R 17,17; 23,8), de Dios proviene todo bien (Adm 7,4; 8,3; 28,1; 1R 17,17; 2CtaF 61), es Dios quien hace el bien en nosotros y por nosotros (1R 17,5-6; 23,8; Adm 5,7; 7,4; 8,3; 12,2; 17,1).

Por dicha razón la mística y piedad de Francisco son esencialmente de contemplación y admiración; como perfectamente lo recalca Iriarte, «si examinamos con atención las oraciones personales de Francisco, veremos que todas son de alabanza, de bendición, de acción de gracias. Casi nunca de petición; y aun cuando pide, se olvida de sí. Es una oración de fe teologal en que todo lo humano se relativiza: sólo cuenta el Altísimo, su gloria, su voluntad santa, su éxito de Creador y de Salvador»¹³. Pocos santos, si ha habido alguno, aparecen en su trayectoria de vida mística revestidos y totalmente imbuidos por ese sentimiento de admiración, adoración, acción de gracias, a su Hacedor, a su Salvador, a su Dios..., títulos que podrían acumularse desmesuradamente, pues Francisco no sabe cómo explayar en palabras toda la profundidad de su actitud reverencialmente admirativa. De ahí la anotación que encontramos en el Oficio de la Pasión del Señor: «Para terminar el oficio, el bienaventurado Francisco decía siempre: Bendigamos al Señor Dios vivo y verdadero; rindámosle alabanza, gloria, honor, bendición, y restituyámosle siempre todos los bienes. Amén. Amén. Hágase. Hágase»¹⁴.

Es una contemplación que unifica en una síntesis acabada y armónica todo lo que es Dios. Francisco no intenta sistemáticamente darnos una exposición doctrinal de los atributos divinos; y, no obstante, en un desorden bello y existencial va desgranando títulos que le sirven para regodearse en ese que, conforme a la expresión que pone Bartolomé de Pisa en labios del Poverello, es «mi Dios y mi Todo». El Dios que contempla y admira Francisco es:

- el alto y glorioso Dios (OrSD);
- el santo (AID 1);
- el Señor Dios único (AID);
- el fuerte (AID 2);
- el grande (AID 2);
- el altísimo (AID 2...) ¹⁵.

«mayor maestro de la adoración en la historia de la Iglesia». J. LORTZ, *Historia de la Iglesia I*, Madrid 1982, 182, nota 28.

¹³ L. IRIARTE, *Dios el bien, fuente de todo bien según S. Francisco*: *Laurentianum* 23 (1982) 87.

¹⁴ *San Francisco de Asís...*, 32.

¹⁵ No podemos alargarnos en la descripción del mosaico exuberantemente bello

La visión de Espoleto, que mencionábamos al principio, deja su huella: sus pretensiones de llegar a ser un caballero, con que había soñado en su juventud, le llevan a serlo de veras, pero en relación con el único Soberano que ha intuido en la experiencia mística de la visión. Es el Altísimo, el Omnipotente, el Señor..., por cuya gloria cual caballero debe luchar: «Soy el pregonero del gran Rey» (1C 16).

No podemos olvidar que, tras la visión de Espoleto, el momento decisivo que imprime una dirección definitiva a la vida de Francisco se halla en la nueva visión y misión que recibe del crucifijo de San Damián, crucifijo de marcado estilo bizantino en que el crucificado se halla en esa actitud típica y tan conocida de hierática expresión majestuosa (cf. 2C 10; LM 2,1; TC 13).

Pero ese ser absoluto, altísimo, trascendente, nada posee de abrumador, pues es una trascendencia de amor, un sin-fondo de amor; «no es ante todo un Dios 'más allá', 'más acá', 'fuera'. Es ante todo el acto dinámico de un amor que se realiza sin fin y sin interrupción¹⁶. «Tú eres el amor, la caridad» (AID 4; ParPN 2), es la perspectiva que no sólo atenúa, dulcifica por decirlo así, el contenido filosófico-teológico de los atributos trascendentes de Dios, sino que constituye a su vez la mejor explicitación de la naturaleza divina que se enuncia a través de los mismos. No nos extrañará, dentro de este contexto, que el término «Padre» aparezca 104 veces en los breves y pocos escritos de Francisco¹⁷. La misma paráfrasis del Padrenuestro, una obrita de Francisco que justamente ocuparía el espacio de un pliego, es un canto continuo al amor del Padre del cielo. Para Francisco esta paternidad tiene un punto álgido y que abraza toda su vida y personalidad: cuando, entregando los vestidos a su padre Pedro Bernardone, exclamará: «Desde ahora diré con libertad: Padre nuestro, que estás en los cielos, y no padre Pedro Bernardone» (2C 12). Esa su renuncia total se transforma en una experiencia viva de su pertenencia sin límites y filial al «Santísimo Padre nuestro: creador, redentor, consolador y salvador nuestro» (ParPN 1).

Se comprende, como veremos posteriormente, que Francisco goce más en la contemplación de ciertos misterios cristianos: encarnación,

de títulos que emplea Francisco para describir a su Dios. Remitimos a S. LÓPEZ, *Dios mío y todas mis cosas. Trascendencia y exclusividad de Dios en San Francisco: Verdad y Vida* 28 (1970) 47-82.

¹⁶ H.-J. STIKER, *Un creador en su tiempo: Francisco de Asís: Selecciones de Franciscanismo* 3 (1974) 303.

¹⁷ «O termo "Pater" se encontra 104 vezes nos escritos de S. Francisco. Somente em 4 casos não se refere a Deus». TEIXEIRA, o.c., 204.

pasión, pues ahí se manifiesta plenamente el amor de Dios. Con razón pasará a la historia como el «Seráfico» o el «Serafín de Asís»; la orden franciscana será conocida por la «Orden Seráfica»; la escuela teológica franciscana será por excelencia la «escuela seráfica», cuyo fundamento básico podría enunciarse de este modo: Dios es formalmente amor, no sólo en su obrar, sino también en su ser.

La misma acción creadora de Dios es objeto de admiración y contemplación amorosa por parte de Francisco. Nos hemos habituado con frecuencia al estudio estrictamente científico o filosófico de la creación; los mismos escolásticos discutirán ampliamente sobre la posibilidad de la existencia ab aeterno del mundo, etc. Francisco supera ese estadio meramente especulativo. No es que desdeñe el título de «Creator» aplicado a Dios (cf. 1R 21,2), pero ciertamente no es un título tan machaconamente empleado por Francisco. Claro está que los títulos de Altísimo, Omnipotente, etc., conllevan perfectamente las facetas de la creación; pero es un hecho ciertamente a destacar la no proliferación de dicho título en los escritos del Santo de la naturaleza, del hermano universal de todo lo creado, como diremos posteriormente¹⁸. Es que Francisco no contempla la creación tanto como una obra de alarde de omnipotencia y poder de Dios, cuanto como una obra que rezuma amor, don, dádiva, donación: «Repara, ¡oh hombre!, en cuán grande excelencia te ha constituido el Señor Dios, pues te creó y formó a imagen de su querido Hijo según el cuerpo y a su semejanza según el espíritu. Y todas las criaturas que están bajo el cielo sirven, conocen y obedecen, a su modo, a su Creador mejor que tú» (Adm 5,1-2).

Podríamos añadir que Francisco contempla la creación como el primer eslabón, como la primera obra salvífica de Dios, colocándose dentro de la perspectiva bíblica de la historia de la salvación, en cuya marcha las primeras páginas del Génesis nos describen la creación cual el hecho primordial de la salvación de Dios, la bondad fontal de Dios que irá desarrollándose a través de los siglos. Ninguna página tan ilus-

¹⁸ Es llamativo que a todo lo largo del Oficio de la Pasión del Señor jamás aparece dicho título, máxime si tenemos en cuenta que esta obrita del Santo es un tejido reiterativo de salmos del Antiguo Testamento, en cuya redacción original, como bien sabemos, el tema de la creación de Dios es uno de los motivos de alabanza y admiración. A su vez, el IV Concilio de Letrán, celebrado el año 1215, y que tanta influencia tuvo en la época de Francisco y sin duda también en la vida del Poverello, pronunciará solemnemente, contra los cátaros y distintos grupos que abrigaban ideas maniqueas, que Dios es «Creador de todas las cosas, de las visibles y de las invisibles, espirituales y corporales, que por su omnipotente virtud desde el principio del tiempo creó de la nada a una y otra criatura, la espiritual y la corporal...». Cf. E. DENZINGER, *El magisterio de la Iglesia*, n.º 428, Barcelona 1963, 154.

trativa de cuanto decimos como el capítulo 23 de la Regla no bulada, apellidado «The Magna Carta of Franciscan Spirituality»¹⁹, bella «anáfora» franciscana cuyas primeras expresiones nos recuerdan el tono solemne, grandioso, de algunos textos litúrgicos: «Omnipotente, santísimo, altísimo y sumo Dios, Padre santo y justo, Señor rey de cielo y tierra»: 1R 23,1. Y evocará la oración eucarística: «Te damos gracias por ti mismo»: 1R 23,1, perfecta expresión que responde al «propter nomen tuum» bíblico. Y a continuación mencionará la obra de la creación, cual primer estadio de la historia salvífica: «Pues por tu santa voluntad, y por medio de tu único Hijo con el Espíritu Santo, creaste todas las cosas espirituales y corporales, y a nosotros, hechos a tu imagen y semejanza, nos colocaste en el paraíso» (1R 23,1).

Primer eslabón, hemos dicho, de esa historia cuyo desarrollo y plenitud describe a continuación en términos sintéticos difícilmente superables: «Y te damos gracias porque, al igual que nos creaste por tu Hijo, así, por el santo amor con que nos amaste, quisiste que El, verdadero Dios y verdadero hombre, naciera de la gloriosa siempre Virgen beatísima Santa María, y quisiste que nosotros, cautivos, fuéramos redimidos por su cruz, y sangre, y muerte» (1R 23,3).

A ese Dios «que nos dio y nos da a todos nosotros todo el cuerpo, toda el alma y toda la vida; que nos creó, nos redimió y por sola su misericordia nos salvará»: 1R 23,8, debemos amar «con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente, con toda la fuerza y poder, con todo el entendimiento, con todas las energías, con todo el empeño, con todo el afecto, con todas las entrañas, con todos los deseos y que-
reres» (1R 23,8).

Y cual si no fuera suficiente esta conclusión, Francisco añade un deseo vibrante, expresado literariamente a través de una serie ininterumpida de frases, que truecan esta página de la Regla no bulada en una de las más grandiosas y bellas que han brotado de la inspiración mística del Poverello: «Ninguna otra cosa, pues, deseemos, ninguna otra queramos, ninguna otra nos agrade y deleite, sino nuestro Creador, y Redentor, y Salvador, solo verdadero Dios, que es bien pleno, todo bien, bien total, verdadero y sumo bien; que es el solo bueno, piadoso, manso, suave y dulce; que es el solo santo, justo, veraz, santo y recto; que es el solo benigno, inocente, puro; de quien, y por quien, y en quien está todo el perdón, toda la gracia, toda la gloria de todos los penitentes y justos, de todos los bienaventurados que gozan juntos en los cielos. Nada, pues, impida, nada separe, nada adúltere; nosotros todos, don-

¹⁹ Cf. L. LEHMANN, *Gratias agimus Tibi. Structure and Content of Chapter XXIII of the Regula non bullata*: Laurentianum 23 (1982) 370.

dequiera, en todo lugar, a toda hora y en todo tiempo, todos los días y continuamente, creamos verdadera y humildemente y tengamos en el corazón y amemos, honremos, adoremos, sirvamos, alabemos y bendigamos, glorifiquemos y sobreexaltemos, engrandezcamos y demos gracias al altísimo y sumo Dios eterno, trinidad y unidad, Padre, e Hijo, y Espíritu Santo, creador de todas las cosas y salvador de todos los que en El creen y esperan y lo aman; que sin principio y sin fin, es inmutable, invisible, inenarrable, inefable, incomprendible, inescrutable, bendito, loable, glorioso, sobreexaltado, sublime, excelso, suave, amable, deleitable y sobre todas las cosas todo deseable por los siglos. Amén» (1R 23,9-10).

Es el tono de la auténtica oración cristiana, tan bien reflejado en la plegaria litúrgica, oración de acción de gracias. La oración franciscana está esencialmente centrada en Dios; raras son las plegarias en Francisco dirigidas a Jesús. Más bien Jesús se trueca en el argumento y prueba definitivos de que la omnipotencia de Dios es amor y de que ese amor es humildad, anonadamiento, kénosis en nuestra concepción actual teológica. De ahí esas contraposiciones que establece Francisco, tan gráficas para describir a Dios:

- «¡Tú eres el altísimo — Tú eres la humildad!» (AID 2.4).
- «¡Oh celsitud admirable y condescendencia asombrosa!» (CtaO 27).
- «¡Oh sublime humildad! ¡Oh humilde sublimidad!» (CtaO 27).

El tono impetratorio se esfuma; o quizá, se integra y complementa dentro de la contemplación admirativa de la acción salvífica de Dios, suplicando nos conceda «hacer lo que sabemos que quieres y querer siempre lo que te agrada»: CtaO 50, viendo en Dios la suficiencia total de nuestra existencia: «Nadá de vosotros retengáis para vosotros mismos para que enteros os reciba el que todo entero se os entrega» (CtaO 29).

EL ALTÍSIMO HECHO HERMANO NUESTRO

Esta concepción del Dios de Francisco, su interpretación de la grandeza y de la trascendencia divinas, hallará el argumento básico precisamente en su Hijo. Jesús será para Francisco la manifestación plena y definitiva del amor de Dios. «La trascendencia de Dios, tal como la contempla Francisco, no tiene nada que ver con la de los filósofos; no es una trascendencia lejana y replegada sobre sí misma, ya que se ha manifestado en Jesucristo, en el misterio de la Encarnación. Y, como

tal, la Encarnación es inseparable de lo que Francisco llama "la humildad de Dios". El Altísimo, el Ser Absoluto, el Todopoderoso, se ha revelado como el más próximo y el más humilde en la humanidad del Hijo de Dios. Y esto no significa en Francisco un mero accidente. Este movimiento del más alto hacia el más bajo, del más rico hacia el más pobre, del santo hacia el pecador, constituye el ser mismo de Dios, es el Agape. Todo el misterio de Dios se encierra ahí y esto es lo que provoca en Francisco una admiración sin fin»²⁰. Es la gran intuición de Francisco, la contemplación sin fin, inagotable, del misterio de la Encarnación que en la teología oriental siempre ha desempeñado un papel primerísimo. No nos pueden extrañar, conforme a lo que más arriba indicábamos, las frases admirativas de Francisco: «¡Oh, cuán glorioso es tener en el cielo un padre santo y grande! ¡Oh, cuán santo es tener un esposo consolador, hermoso y admirable! ¡Oh, cuán santo y cuán amado es tener un tal hermano e hijo agradable, humilde, pacífico, dulce y amable y más que todas las cosas deseable!... A quien tanto ha soportado por nosotros, tantos bienes nos ha traído y nos ha de traer en el futuro, toda criatura, del cielo, de la tierra, del mar y de los abismos, rinda como a Dios alabanza, gloria, honor y bendición; porque El es nuestra fuerza y fortaleza, el solo bueno, el solo altísimo, el solo omnipotente, admirable, glorioso, y el solo santo, laudable y bendito por los infinitos siglos de los siglos. Amén» (2CtaF 54-56.61-62).

Jesús ocupa el centro de la historia de la salvación. Toda la economía salvífica tiende hacia Aquel que es apellidado «mediator simul et plenitudo totius revelationis»²¹. Lo reitera el último documento de la Comisión Teológica Internacional: «Oeconomia salutis manifestat aeternum filium in eius ipsius vita assumere eventum "kenoticum" nativitatis, vitae humanae et mortis in cruce»²². La cristología de Francisco es consecuencia natural de su teología, tomando este término en su acepción literal y obvia. El cristocentrismo de Francisco, tan recalcado a través de cuantos han estudiado su obra y personalidad, lo debemos situar siempre dentro del prisma de la contemplación de Dios, centro en verdad de toda la inspiración franciscana. Francisco será un apasionado de Jesús, pero en cuanto ve en El al «Vervo hecho carne, "hombre enviado a los hombres", habla palabras de Dios (Jn 3,34) y lleva a cabo la obra de la salvación que el Padre le confió (cf. Jn 5,36; 17,4)»²³. Jesús

²⁰ E. LECLERC, *La oración de un corazón puro: Selecciones de Franciscanismo* 3 (1974) 38.

²¹ Constitución Dogmática *Dei Verbum*, 2. Cf. *Concilio Vat II*, 125.

²² Documento de la Comisión Teológica Internacional, p. 11.

²³ Constitución Dogmática *Dei Verbum*, 4. Cf. *Concilio Vat II*, 126-127.

es para Francisco «el Hijo de Dios vivo omnipotente» (1R 9,4), el «Señor de la majestad», pero «hecho hermano nuestro» (cf. 2C 198). Jesús, en suma, para Francisco es la condescendencia, la humanidad, la humildad, el amor de Dios. Y si bien la contemplación de la trascendencia de Dios es motivo inagotable de la espiritualidad franciscana, dicha contemplación conduce espontáneamente a hacer de ese Trascendente lo más inmanente de nuestra vida.

Francisco queda arrobado ante el gesto de Dios encarnado: «Este Verbo del Padre, tan digno, tan santo y glorioso, anunciándolo el santo ángel Gabriel, fue enviado por el mismo altísimo Padre desde el cielo al seno de la santa y gloriosa Virgen María, y en él recibió la carne verdadera de nuestra humanidad y fragilidad. Y, siendo El sobremanera rico, quiso, junto con la bienaventurada Virgen, su Madre, escoger en el mundo la pobreza» (2CtaF 4-5). Esta faceta teológica de la pobreza, de la que hablaremos posteriormente, es uno de los rasgos característicos de la contemplación franciscana de la Encarnación. El Verbo, siendo sobremanera rico, se hizo pobre. Ahí motivará Francisco la razón última para su elección de Dama Pobreza (cf. 2C 82.84; LM 7,6; 14,4). No nos extraña que esa faceta aparezca en la última voluntad manifestada a Clara, su «plantita»²⁴, y a las demás hermanas de San Damián: «Yo el hermano Francisco, pequeñuelo, quiero seguir la vida y la pobreza de nuestro altísimo Señor Jesucristo y de su santísima Madre y perseverar en ella hasta el fin; y os ruego, mis señoras, y os aconsejo que viváis siempre en esta santísima vida y pobreza. Y estad muy alerta para que de ninguna manera os apartéis jamás de ella por la enseñanza o consejo de quien sea» (UltVol 1-3; cf. igualmente TestS 3-4).

La contemplación cristológica de Francisco en modo alguno prescinde de ninguno de los dos lados del misterio: Jesús es esencialmente la realidad teándrica de la historia de la salvación. Es de interés dar escuetamente un florilegio de títulos y expresiones que hallamos en los escritos de Francisco sobre Jesucristo:

- verdadero Dios y verdadero hombre (1R 23,3; Adm 1,20).
- Hijo de Dios, Hijo amado, único Hijo (Adm 1,8.15; 2CtaF 67; 1R 23,1; SaIVM 2; Adm 5,1).
- Hijo de Dios bendito y glorioso (2CtaF 11).
- igual al Padre (Adm 1,7).
- Palabra del Padre (2CtaF 3).
- luz verdadera (2CtaF 66).

²⁴ *Regla de Santa Clara* 1,3. Cf. I. OMAECHEVARRÍA, *Escritos de Santa Clara*, Madrid 1970, 253.

- sabiduría del Padre (2CtaF 67).
- Altísimo, Hijo del Altísimo (Adm 1,10; CtaO 4; CtaCle 3; Test 10; UltVol 1).
- Santísimo (SalVM 2).
- digno, santo y glorioso (2CtaF 4).
- Señor: innumerables veces (cf. nota 9).
- camino, verdad y vida (Adm 1,1; 1R 22,40).
- por El han sido creadas todas las cosas (2CtaF 12; 1R 23,5).
- obra en comunión con el Padre y el Espíritu (CtaO 33).
- el Padre se complace en el Hijo, quien le da gracias (1R 23,9-11).
- salido y enviado por el Padre (2CtaF 58).
- encarnado en el seno de María, recibiendo «la carne verdadera de nuestra humanidad y fragilidad» (2CtaF 4).
- siendo rico, se ha hecho pobre (1R 9,5-6; 2CtaF 4-5).
- dado y nacido por nosotros (2CtaF 11).
- venido a servir (Adm 4,1).
- el buen pastor (1R 22,33).
- el Padre restaura su plan, malogrado por el hombre, mediante el Hijo, quien redime la humanidad por su cruz, sangre y muerte (1R 23,3).
- salvador y redentor (1R 16,7).
- maestro único (1R 22,35).
- padeció por nosotros (ParPN 6).
- sudó sangre (2CtaF 9).
- por la cruz ha redimido al mundo (Test 5).
- juez escatológico (1R 23,4)²⁵.

En equilibrio perfecto van surgiendo atributos divino-humanos en torno al fenómeno teándrico de Jesucristo. Bajo esta perspectiva la cristología de Francisco realiza de verdad lo que se recalca igualmente en el varias veces citado documento de la Comisión Teológica Internacional: «Annuntiatio de Iesu Christo, Filio Dei, sub signo biblico "pro nobis" praesentatur. Quapropter christologiam totam sub respectu soteriologiae tractare oportet. Ideo recte quodammodo ac merito moderni quidam conati sunt, christologiam quandam "functionalem" elaborare. Sed viceversa eodem modo valet, "existentiam pro aliis" Iesu Christi separari non posse a relatione et communione eius intima

²⁵ En modo alguno hemos intentado una enumeración exhaustiva de todo el rico contenido doctrinal que se encierra en los títulos que Francisco da a Jesucristo. Sobre el particular, cf. S. LÓPEZ, *Dios mío y todas mis cosas...*, 47-82. IDEM, *Cristo, suficiencia de Francisco: Verdad y Vida* 29 (1971) 327-366; 30 (1972) 493-510.

cum Patre, et ideo debet in eius filiatione aeterna fundari. Pro-existentia Iesu Christi, qua Deus seipsum communicat hominibus, praexistentiam supponit. Sin aliter nuntius salvificus de Iesu Christo mera fictio et illusio evaderet, quae accusationem modernam ideologiae abnuere non posset. Quaestio utrum christologia aut ontologica aut functionalis esse debeat, falsas omnino alternationes proponit»²⁶.

EVANGELIO: LUGAR TEOLÓGICO DE ENCUENTRO CON CRISTO

A la luz de este misterio central del Dios humanado, Francisco contempla admirativamente todo. Y a todo le dará una proyección «teológica». Todo quedará sublimado, pues todo se halla integrado dentro de la dinámica del Dios que se hace hombre. A partir de ahí llegará Francisco a ser el «vir evangelicus», pues inevitablemente caerá, tras su búsqueda de Cristo, en el «lugar teológico» donde se halla la buena nueva de la salvación: «Atengámonos a las palabras, vida y doctrina y al santo evangelio...» (1R 22,41). Esa será la norma o forma de vida: «La regla y vida de los hermanos menores es ésta: guardar el santo Evangelio de nuestro Señor Jesucristo» (2R 1,1; cf. 1R prólogo 2; Test 14). El evangelio, en cuanto encierra la buena nueva de la salvación, está en el origen de la plasmación del movimiento franciscano. Pero Francisco no es ningún exegeta ni jurista. Vivir es lo único que le interesa, vivir el santo evangelio. Y la vida no es posible encerrarla, encasillarla dentro de unos esquemas o estructuras; por eso dirá Francisco: «Y yo lo hice escribir en pocas palabras y sencillamente y el señor papa me lo confirmó» (Test 15). La radicalidad de Francisco no estriba en la fuerza exegética que le permite captar la profundidad del mensaje, sino en la misma virtualidad del mensaje que le lleva a ver la raíz última del acto de donación y entrega de Dios en favor de los hombres: «Tenemos que amar mucho el amor del que nos ha amado mucho» (2C 196), que responde plenamente a la idea bíblica desarrollada por Juan: «Nosotros amemos, porque El nos amó primero» (1 Jn 4,19).

Francisco es un carismático. El origen de los carismas radica en la fuerza del Espíritu, y al Espíritu es difícil sindicalizarle, introducirle y enjaularlo en un marco estructurado, pues rompe los moldes. Comprendemos la dificultad, las vicisitudes con frecuencia dolorosas que Francisco tuvo que superar para moldear estructuralmente su movimiento. Bajo esta perspectiva media una gran diferencia entre

²⁶ Documento de la Comisión Teológica Internacional, p. 12.

la orden franciscana y la orden benedictina, que tiene su origen en un hombre influenciado por la cultura jurídicista romana, o también entre la orden franciscana y la jesuítica, en cuya génesis interviene una personalidad que ha transcurrido un período importante de su vida en las filas militares, pudiendo así estructurar una «compañía».

Vivir el Evangelio: es el carisma peculiar de Francisco. Ahí radica su originalidad; será siempre peligrosa la pretensión de querer buscar una virtud fundamental y característica de la espiritualidad franciscana. En su falta de originalidad radica la mayor originalidad del Poverello, pues su «vivir el Evangelio» equivale a un ideal de vida global y total, una forma de vida religiosa que mira única, exclusiva y plenamente al Evangelio: «Esto es lo que yo quiero, esto es lo que yo busco, esto es lo que en lo más íntimo del corazón anhelo poner en práctica» (1C 22).

Su primer discípulo, Bernardo de Quintavalle, comienza su andadura franciscana, previo el conocimiento de la voluntad divina, abriendo el evangelio (2C 15). «Seguir las huellas de Cristo» (1 P 2,21), es sin duda el texto bíblico explícita e implícitamente más citado, expresión que hallará sus equivalentes en:

- seguir la voluntad del Señor y agradecerle (1R 22,9),
- seguir la doctrina de nuestro Señor Jesucristo (1R 1,1),
- seguir la vida de nuestro altísimo Señor Jesucristo (UltVol 1),
- seguir la humildad y pobreza de nuestro Señor Jesucristo (1R 9,1),
- seguir al Señor en la tribulación... (Adm 6,2).

Todo es seguimiento de Cristo. Seguir, no sólo imitar: ve a Cristo en el leproso, en el pobre, en los corderillos; ama la pobreza, porque Cristo se hizo pobre; quiere ser apóstol y entregarse a la vida apostólica, pues «no se creía amigo de Cristo si no amaba las almas que él ha amado» (2C 172).

Tal imitación y seguimiento de Cristo han hecho del Poverello el «alter Christus», título unánimemente atribuido, pues, como dice Juan Pablo II, «a ocho siglos de su nacimiento, el mundo —incluso el de los alejados o indiferentes a los valores religiosos— contempla con admiración a san Francisco porque ve en él una copia auténtica, fiel y por lo mismo creíble de Cristo Jesús. He aquí el nudo de la respuesta. El es el alter Christus...»²⁷. Seguimiento e imitación muy di-

²⁷ JUAN PABLO II, *Alocución a los sacerdotes, religiosos y religiosas en la Catedral de Asís*, el 12-III-1982. Cf. *Selecciones de Franciscanismo* 32 (1982) 194. Ya su predecesor Pío XI, con motivo del VII centenario de la muerte del Poverello, se pro-

ferente de la que se desarrollará posteriormente en esa corriente apellidada «devoción moderna», cuya obra cumbre se considera la «Imitación de Cristo», atribuida a Tomás de Kempis, imitación de orden preferentemente interior y personal, sin esa proyección eclesial y misionera tan esencial dentro de la espiritualidad franciscana. Seguimiento e imitación que más tarde, a raíz de la «cuestión franciscana», cuajará en ese interés por encontrar semejanzas o conformidades entre Jesús y Francisco, la vida del Maestro y su fiel servidor²⁸.

El «sequi vestigia eius» hará de Francisco un admirador, en sentido contemplativo, de los misterios de Cristo, misterios que se recorren a través del año litúrgico: adviento, nacimiento, ayuno y vida pública, pasión y muerte, resurrección, ascensión y parusía. Con frecuencia se ha considerado a Francisco cual uno de los santos que más sentimentalmente han vivido los misterios de Cristo: la contemplación historicizante de dichos misterios sería el objeto de la meditación franciscana. No cabe duda que nos hallamos en un período de la Edad Media en que la epopeya de las cruzadas, la intenciona de liberar los lugares santos que han sido testigos históricos de los acontecimientos de la vida de Jesús, más la influencia de un San Bernardo, etc., repercuten en la caracterización de una piedad a base de la humanidad histórica de Jesús. Su misma devoción a la Navidad, apellidada por Francisco «fiesta de las fiestas» (cf. 2C 199), la representación un tanto sentimentalizada y viva de la Nochebuena en Greccio (cf. 1C 84-87; 2C 35; LM 10,7)²⁹, han intervenido sin duda en esa estimación. En Francisco, Jesús es esencialmente el Hijo de Dios, el Verbo eterno, el Señor, cuya iniciativa de amor le lleva a encarnarse: «Tenía tan presente en su memoria la *humildad* de la encarnación y la *caridad* de la pasión, que difícilmente quería pensar en

nunciaba en el mismo sentido: cf. Pío XI, Encíclica *Rite exiatis*: AAS XVIII (1926) 154.

²⁸ Ya hacia el año 1390 Bartolomé de Pisa escribe el *De conformitate vitae Beati Francisci ad Vitam Domini Jesu* (cf. Analecta Franciscana 4 y 5. Quaracchi 1906-1912), donde desarrolla 40 analogías entre Jesús y Francisco. Estas exageraciones alcanzarán una meta ridícula en Pedro de Alva y Astorga, autor de la obra *Prodigium Naturae et Gratiae Portentum*, hacia el 1600, que llega a encontrar hasta 4.000 semejanzas entre Jesús y Francisco, obteniendo la obra un buen destino, pues fue introducida en el Índice del Santo Oficio.

²⁹ La leyenda llegará a unir las dos grandes figuras de Francisco y Clara en su veneración del misterio navideño; así, hallándose Clara gravemente enferma en la Navidad de 1252, podrá estar presente en la iglesia, asistir a la función de medianoche, recibir la comunión, etc. (Flor 35; cf. Leyenda de Santa Clara 29). Este relato motivó la proclamación de Santa Clara cual Patrona de la Televisión, por el breve apostólico *Miranda prorsus* de Pío XII, del 14 de febrero de 1958.

otra cosa» (1C 84). Es cierto, Francisco mencionará, contemplará, admirará, todo lo que constituye la vida y misión de Jesús; así, siguiendo la enumeración de López, podemos establecer los siguientes acontecimientos:

- la encarnación de la Palabra del Padre en el seno de la Virgen (OfP 15,3; 2CtaF 4).
- su nacimiento de la Virgen María, fuera de casa y en un pesebre porque no había sitio en la posada (1R 23,3; OfP 15,3).
- su ayuno y oración en el desierto (1R 3,11; 2R 3,6; LP 57; 2C 59; LM 9,2).
- su vida de emigrante, de mendigo y de provisionalidad (1R 9,4-8; LP 57; 2C 56 y 59).
- la celebración de la Pascua con sus discípulos (2CtaF 6; LP 22; 2C 217).
- el lavatorio de los pies (1R 6,3; LP 22; 2C 217).
- la oración del huerto (2CtaF 8-10).
- la traición de Judas (OfP 2,10; 1R 22,2).
- la soledad de Jesús en la huida de los apóstoles (OfP 1,8; 2,8).
- la condena del sanedrín (OfP 2,9).
- la petición de su muerte por los judíos (OfP 4,3-6).
- el camino hacia el calvario (OfP 5,3-4).
- la flagelación (OfP 5,10).
- la acusación de los testigos falsos (OfP 4,13).
- los insultos de los que pasaban junto a la cruz (OfP 4,8).
- el sorteo de sus vestidos (OfP 5,3).
- la crucifixión (OfP 5,4).
- la muerte, después de darle a beber hiel y vinagre (OfP 5,11).
- resurrección y ascensión (OfP 5,17; 7,9.10)³⁰.

Pero dentro de esa su contemplación admirativa se centra en las mismas motivaciones que informaron a Jesús y le condujeron a la consumación de la historia de la salvación (Flp 2,5). De ahí que sobre el Alverna Francisco sintetice su contemplación en esa confrontación tan expresiva: «¿Quién eres tú, dulcísimo Dios mío? Y ¿quién soy yo, gusano vilísimo e inútil siervo tuyo?» (Ll 3). Y no será la imagen, la conformidad externa con el crucificado lo que anhelará Francisco, sino su adhesión interna y plena a los sentimientos que informaron a Jesús en la realización de su misión: «Señor mío Jesucristo, dos gracias te pido me concedas antes de mi muerte: la primera, que

³⁰ Cf. S. LÓPEZ, *Cristología de Francisco...*, 93.

yo experimente en vida, en el alma y en el cuerpo, aquel dolor que tú, dulce Jesús, soportaste en la hora de tu acerbísima pasión; la segunda, que yo experimente en mi corazón, en la medida posible, aquel amor sin medida en que tú, Hijo de Dios, ardías cuando te ofreciste a sufrir tantos padecimientos por nosotros pecadores» (Ll 3).

Exponente de cuanto decimos lo encontramos en el opúsculo auténtico de Francisco, apellidado Oficio de la Pasión del Señor: se trata de una amalgama de diferentes textos, tomados del salterio y otros libros escriturísticos, como también del misal y breviario; Francisco todo lo entrelaza a partir de esa idea central que da unidad al conjunto: el amor del Padre que «tanto amó al mundo que dio a su Hijo único» (Jn 3,16).

La humildad de la encarnación, la caridad de la pasión: en torno a estos goznes gira todo el edificio de la cristología franciscana. El configurar a Cristo lleva a veces hasta a una plasmación cuasi literal de los acontecimientos cristianos; así comprendemos la única razón probable que se daría en Francisco para que, en su Regla bulada, al hablar de los ayunos, introduzca un período para el mismo un tanto inesperado: «La santa cuaresma que comienza en la Epifanía y se prolonga cuarenta días continuos, que el Señor consagró con su santo ayuno...» (2R 1,3; cf. 1R 3,11).

Pero sería una reducción desfigurativa de la cristología franciscana contemplar al Poverello cual el santo que ha fijado su exclusiva en la cruz y pasión de Cristo. En ello ha influido, sin duda, el fenómeno místico de la estigmatización, haciendo de Francisco un *alter Christus* por razón de dicho privilegio, pero deformando la razón total del *sequi vestigia eius* que abraza en Francisco el seguimiento pleno del misterio salvífico de Cristo. Ya San Buenaventura padecía un tanto esta desviación, cuando decía: «Era justo que este afortunado varón apareciera distinguido con tan singular privilegio, ya que todo su empeño —lo mismo en público que en privado— se cifró en la cruz del Señor» (Lm 6,9). La misma teología occidental ha padecido las consecuencias de esta visión exclusivista del valor salvífico de la muerte de Cristo, relegando a segundo plano, por no decir marginando, las perspectivas salvíficas de la Encarnación y Resurrección del Señor. Francisco, claro está, es hombre de su época, caracterizada por la contemplación de la humanidad de Cristo. En esta perspectiva es normal que Francisco recalque la pasión, la cruz del Señor:

- sobre el altar de la cruz se ofrece como sacrificio y víctima (2CtaF 11).
- se ofrece por nuestros pecados (2CtaF 12).

- por este sacrificio somos salvados y redimidos (2CtaF 14; 1R 23,3).
- el buen pastor por sus ovejas soportó la pasión de la cruz (Adm 6,1).
- signo del seguimiento de Cristo (1R 1,3).
- llevar la cruz es nuestro título de gloria (Adm 5,8).

Su conversión está íntimamente ligada al crucifijo de San Damián; de ahí la reflexión de su biógrafo: «Desde entonces se le clava en el alma santa la compasión por el Crucificado, y, como puede creerse piadosamente, se le imprimen profundamente en el corazón, bien que no todavía en la carne, las venerandas llagas de la pasión» (2C 10; cf. Lm 1,4). El motivo de la pasión de Cristo será una constante de la vida toda de Francisco, conforme nos lo declaran las biografías (cf. 2C 10-11; LM 1,5; LP 37; EP 91; TC 14). Hasta ciertos rasgos externos se hallan en relación con la cruz: firma sus cartas con el signo de la Tau (3C 3); bendice con la señal de la cruz, no sólo a las personas y enfermos (LM 5,10; 11,5), sino a las avechillas (LM 12,3), al lobo de Gubbio (Flor 21), al fuego (2C 166).

Pero sería también forzar la figura de Francisco, y especialmente destruiríamos su contexto histórico, si intentáramos a toda costa hallar en sus escritos y en su vida esa irradiación del misterio pascual que actualmente se vive tanto en la liturgia como en la teología. Como indicábamos en otra ocasión, «a través de los veinte siglos de cristianismo, no siempre la resurrección ha ocupado el puesto relevante que le diera la primitiva comunidad y que debiera constituir el propio suyo por naturaleza. Diversos factores han influido en ello. Primeramente, la reflexión sobre la muerte de Cristo, viendo en ella la obra de expiación, satisfacción, liberación, etc., pero todo a partir de una reflexión unilateral, descuidando el lado de victoria que esa misma muerte entraña dentro de la perspectiva nuevo-testamentaria. A su vez, la problemática moderna ha dificultado la consideración de la resurrección como el objeto central de la fe cristiana, pues los problemas sobre la historicidad de la resurrección han convertido el misterio en un objeto de discusión apologetica a fin de hallar un legítimo trampolín para dar el salto de la fe»³¹. Pero llama la atención cómo ha penetrado en la espiritualidad de Francisco la faceta gloriosa, tan indisolublemente unida al misterio integral y definitivo de Cristo. En el Oficio de la Pasión del Señor, justamente apellidado por algunos «Oficio de la Pascua del Señor», y que comienza con las Completas del Jueves Santo, coincidiendo

³¹ J. GOITIA, *Resurrección, misterio de fe*, en *Exegesis y Teología*, Deusto 1975, 53-54.

do con el acontecimiento de Getsemaní, continuamente va introduciendo Francisco detalles de claridad, triunfo, gloria y majestad, viendo en la Pasión del Señor lo que la anáfora I del Misal denomina la «pasión gloriosa de Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor», y lo que tan perfectamente se canta en la celebración litúrgica del Viernes Santo: «Tu cruz adoramos, Señor, y tu santa resurrección alabamos y glorificamos. Por el madero ha venido la alegría al mundo entero.» En sus diferentes Alabanzas, Francisco gusta citar el texto de Ap 5,12, donde se entrelazan perfectamente ambos aspectos de la Pascua del Señor: «Digno es el cordero que ha sido degollado de recibir el poderío, y la divinidad, y la sabiduría, y la fuerza, y el honor, y la gloria, y la bendición» (AlHor 3; cf. ExhAD 15). Como también indicábamos anteriormente³², el término «Señor» lo aplica Francisco continuamente a Jesús, en grado tal que rara vez aparecerá sin ese título unido indisolublemente al nombre, diríamos, «de pila».

Ni menos glorioso es el aspecto escatológico que, en la concepción nuevo-testamentaria, está ligado íntimamente al misterio de la resurrección, y en Francisco es mencionado varias veces: «Y te damos gracias porque este mismo Hijo tuyo ha de venir en la gloria de su majestad a arrojar al fuego eterno a los malditos, que no hicieron penitencia y no te conocieron a ti, y a decir a todos los que te conocieron y adoraron y te sirvieron en penitencia: Venid, benditos de mi Padre; recibid el reino que os está preparado desde el origen del mundo» (1R 23,4; cf. 1R 4,6; 9,6; 16,4.9; 21,8; Cánt 13).

«VER CORPORALMENTE A CRISTO»: EUCARISTÍA Y PALABRA

Dentro de la doctrina cristológica de Francisco debe ocupar un apartado importante su doctrina eucarística. No siempre se ha recalado esta faceta; con todo, en sus escritos quizá sea el tema de la Eucaristía el más ampliamente citado y elaborado por el Poverello.

Hemos anotado anteriormente el perfecto equilibrio que se da en Francisco entre la divinidad y la humanidad de Jesús: no hay peligro alguno en él ni de arrianismo ni de docetismo.

En su Testamento, hablando de la veneración que se debe a los sacerdotes, dirá: «Y lo hago por este motivo: porque en este siglo nada veo corporalmente del mismo altísimo Hijo de Dios sino su santísimo cuerpo y santísima sangre, que ellos reciben y sólo ellos administran a

³² Cf. nota 9.

otros» (Test 10). «Ver corporalmente»: es una expresión en cuya matización pueden intervenir aspectos diferentes. No se puede olvidar la reacción que las doctrinas no muy ortodoxas de Berengario, en el siglo XI, habían producido en la Iglesia de Occidente. Nos consta, en efecto, cómo a partir de ese momento se introducen la elevación de la hostia en la consagración de la Misa; la veneración hasta exagerada de las especies sacramentales; la primacía que esta exposición del sacramento reviste sobre la misma comunión, etc. Dentro de este contexto no choca en modo alguno la expresión «ver corporalmente», aplicada a la Eucaristía.

Pero Francisco nos ha legado una auténtica joya espiritual a este respecto; nos referimos a la Admonición primera, que lleva por título precisamente «El cuerpo del Señor». Se trata de un texto todo él salpicado de citas escriturísticas, que recalcan la relación existente entre el Padre y el Hijo, y la imposibilidad de ver esa relación y esa vida si no es en el Espíritu, pues el Espíritu es el que vivifica. A partir de este enunciado escriturístico, Francisco nos da una declaración, bien profunda ciertamente, del ver y creer en sentido teológico por lo que mira al cuerpo y sangre del Señor. Relaciona a los que durante la vida terrestre de Jesús vieron la humanidad del Señor, pero «no lo vieron ni creyeron, según el espíritu y la divinidad, que El era el verdadero Hijo de Dios» (Adm 1,8), con todos los que ahora «ven el sacramento, que se consagra por las palabras del Señor sobre el altar por manos del sacerdote en forma de pan y vino, y no ven ni creen, según el espíritu y la divinidad, que es verdaderamente el santísimo cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucristo» (Adm 1,9).

Para Francisco es claro que la vida cristiana, en su expresión sacramental más plena, está en relación con la acción diríamos pneumatológica del Espíritu. Sin una visión «espiritual», fruto de la acción del Espíritu, no hay posibilidad alguna de eficacia sobrenatural. No se debe a pura casualidad que el famoso texto: «El espíritu es el que da vida; la carne no sirve para nada. Las palabras que os he dicho son espíritu y son vida» (Jn 6,63), lo encontramos en el discurso pronunciado en la sinagoga de Cafarnaum, texto que Francisco también cita (Adm 1,6).

Así, Francisco ve en la Eucaristía la continuación del gesto encarnacional en virtud del cual Dios en su amor llegó a hacerse pobre. De ahí esa férvida exhortación a todos: «Ved que diariamente se humilla, como cuando desde el trono real descendió al seno de la Virgen; diariamente viene a nosotros El mismo en humilde apariencia; diariamente desciende del seno del Padre al altar en manos del sacerdote. Y como se mostró a los santos apóstoles en carne verdadera, así también ahora

se nos muestra a nosotros en el pan consagrado. Y lo mismo que ellos con la vista corporal veían solamente su carne, pero con los ojos que contemplan espiritualmente creían que El era Dios, así también nosotros, al ver con los ojos corporales el pan y el vino, veamos y creamos firmemente que es su santísimo cuerpo y sangre vivo y verdadero» (Adm 1,16-21).

De verdad que la Eucaristía, en esta reflexión espiritual de Francisco, se trueca en memorial, no sólo de la pasión y muerte del Señor, sino en el misterio que reactualiza toda la acción salvífica de la vida de Cristo por lo que mira a las motivaciones de amor y donación que llevó al Verbo eterno de Dios a hacerse hombre, a hacerse pobre siendo rico. Es curiosa a este respecto la interpretación que da Francisco de la petición del Padrenuestro: «El pan nuestro de cada día: tu amado Hijo, nuestro Señor Jesucristo, dónosle hoy: para que recordemos, comprendamos y veneremos el amor que nos tuvo y cuanto por nosotros dijo, hizo y padeció» (ParPN 6). Motivación de amor y donación que le hace prorrumpir en esas exclamaciones tan peculiares del espíritu místico de Francisco: «¡Oh celsitud admirable y condescendencia asombrosa! ¡Oh sublime humildad! ¡Oh humilde sublimidad, que el Señor del mundo universo, Dios e Hijo de Dios, se humilla hasta el punto de esconderse, para nuestra salvación, bajo una pequeña forma de pan!» (CtaO 27).

La perspectiva encarnacional, como motivo de humildad, pobreza, entrega y servicio en el Verbo de Dios, domina toda la doctrina de Francisco sobre Cristo, a través de todos sus misterios. Ello explica el respeto, rayano casi en una veneración y devoción, que Francisco manifiesta en favor de los sacerdotes, comparándoles a la misión que María desempeñó al «haber hecho hermano nuestro al Señor de la majestad»: «Si la bienaventurada Virgen es tan honrada, como es justo, porque lo llevó en su santísimo seno..., ¡cuán santo, justo y digno debe ser quien toca con las manos...!» (CtaO 21-22). «Debemos tener en veneración y reverencia a los clérigos, no tanto por lo que son, en el caso de que sean pecadores, sino por razón del oficio y de la administración del santísimo cuerpo y sangre de Cristo, que sacrifican sobre el altar y reciben y administran a otros» (2CtaF 33). «Y no quiero advertir pecado en ellos, porque miro en ellos al Hijo de Dios y son mis señores» (Test 9; cf. Adm 26; CtaCle 1-15; CtaO 14-19; CtaA 6-8)³³.

³³ Es muy gráfica la anotación que hace su biógrafo: Quería que se tuviera en mucha veneración las manos del sacerdote, a las cuales se ha concedido el poder tan divino de realizarlo. Decía con frecuencia: «Si me sucediere encontrarme al mismo tiempo con algún santo que viene del cielo y con un sacerdote pobrecillo, me ade-

Actitud de fe, ciertamente, en Francisco, pues no podemos olvidar la época vivida por el Poverello y las doctrinas que se barajaban por aquel entonces: las concepciones maniqueas que veían en los sacramentos una de las expresiones más perniciosas por su conexión con el mundo sensible de la materia; la situación de vida indigna y escandalosa de muchos sacerdotes, lo que indujo a ciertos grupos heréticos a afirmar, al estilo de los antiguos donatistas, que tales sacerdotes ni podían consagrar válidamente, optando por atribuir en esas ocasiones ciertas funciones consagratorias a los simples fieles laicos; la negligencia en orden a la custodia del Santísimo, en orden a la limpieza y pulcritud de los utensilios y vestidos sagrados, etc., que llevan a Francisco a recalcar, en diversos escritos suyos, aspectos que nos pudieran parecer meramente externos, cuando en él hacen siempre referencia a ese «ver corporalmente» el cuerpo y sangre de su Jesús: «Os ruego, más encarecidamente que por mí mismo, que, cuando sea oportuno y os parezca que conviene, supliquéis humildemente a los clérigos que... sean preciosos los cálices, corporales, ornamentos del altar y todo lo que sirve para el sacrificio. Y si en algún lugar el santísimo cuerpo del Señor está colocado muy pobremente, sea puesto y custodiado, según el mandato de la Iglesia, en sitio precioso...» (1CtaCus 2-3; cf. CtaCle 4-5.10-11; Test 11)³⁴.

De ahí esa oración de Francisco que ha sido clásica hasta nuestros días para iniciar comunitariamente en la iglesia toda plegaria de la fraternidad franciscana: «Te adoramos, Señor Jesucristo, aquí y en todas tus iglesias que hay en el mundo entero y te bendecimos, porque por tu santa cruz redimiste al mundo» (Test 5; AP 19; TC 37; LM 4,3; 1C 45).

La sensibilidad de Francisco es tan vivencial que ha captado, en grado superior a lo que podían permitir las categorías y estructuras teológicas de la época, la profundidad doctrinal que se encierra en la realidad de la expresión «palabra». Llama la atención la veneración que Francisco muestra por la Palabra de Dios, con frecuencia uniendo

lantaría a presentar mis respetos al presbítero y correría a besarle las manos, y diría: "¡Oye, San Lorenzo, espera!, porque las manos de éste tocan al Verbo de vida y poseen algo que está por encima de lo humano"» (2C 201).

³⁴ En EP 56 se nos refiere que cuando Francisco iba por los pueblos e iglesias predicando, llevaba consigo una escoba (no nos consta que en la Misión de los Doce: Mt 10,9, y de los setenta y dos: Lc 10,4, Jesús les mandara llevar dicha escoba; no se debe ello, por tanto, al «sequi vestigia eius»!!!) para barrer las iglesias sucias. Su discípula predilecta, Clara de Asís, postrada durante largos años en el lecho del dolor, confeccionaba con sus manos juegos de corporales para las iglesias: cf. Leyenda de Santa Clara 28, en: OMAECHEVARRÍA, o.c., 161.

ello a la Eucaristía: «Nada, en efecto, tenemos ni vemos corporalmente en este mundo del Altísimo mismo, sino el cuerpo y la sangre, los nombres y las palabras, por los que hemos sido hechos y redimidos de la muerte a la vida» (CtaCle 3; cf. igualmente Cta-Cle 1-2; 2CtaF 34; Test 12). Esta presencia de Cristo a través de su palabra ciertamente es algo que en la actualidad pertenece a la vida teológica y litúrgica de la Iglesia; de ahí que el Vaticano II proclame: «Está Cristo presente en su palabra, pues cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura, es El quien habla»³⁵; «en la liturgia Dios habla a su pueblo»³⁶; «la Iglesia ha venerado siempre las Sagradas Escrituras al igual que el mismo Cuerpo del Señor, no dejando de tomar de la mesa y de distribuir a los fieles el pan de vida, tanto de la Palabra de Dios como del Cuerpo de Cristo, sobre todo en la liturgia»³⁷.

Esa misma veneración, de que habla el Vaticano II, muestra Francisco, ya que nada vemos corporalmente del Señor sino su santísimo cuerpo y sus santísimas palabras. Esas «odoríferas palabras de nuestro Señor Jesucristo» (1CtaF 2,19), son espíritu y vida (Jn 6,64); «son muchas las cosas que se santifican por medio de las palabras de Dios y es en virtud de las palabras de Cristo como se realiza el sacramento del altar» (CtaO 37; cf. CtaCle 2); la misma salvación se relaciona conjuntamente al sacramento y a la palabra: «Y a nadie de nosotros quepa la menor duda de que ninguno puede ser salvado sino por las santas palabras y la sangre de nuestro Señor Jesucristo, que los clérigos pronuncian, proclaman y administran» (2CtaF 34).

No podemos olvidar la referencia más o menos explícita de Francisco a las costumbres de la época: al igual que lo que dijimos en orden al Santísimo, también los leccionarios y «libros litúrgicos» de aquel entonces con frecuencia no gozaban de la estima e interés en pro de su adecuada custodia: «Reparemos todos los clérigos en el gran pecado e ignorancia en que incurren algunos sobre el santísimo cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucristo y sobre los santísimos nombres y sus palabras escritas que consagran el cuerpo... A veces hasta se pisan sus nombres y palabras escritas, porque el hombre animal no percibe las cosas que son de Dios» (CtaCle 1.6-7). De ahí las mismas recomendaciones, reiteradas por Francisco en orden al Santísimo, las repetirá por lo que afecta a la guarda de las palabras del Señor: «Y de igual modo, donde se encuentren los nombres y palabras escritas del Señor en lu-

³⁵ Constitución sobre la Sagrada Liturgia, 7. Cf. *Concilio Vat II*, 153.

³⁶ Ib. 33. Cf. *Concilio Vat II*, 165.

³⁷ Constitución Dogmática *Dei Verbum*, 21. Cf. *Concilio Vat II*, 142.

gares no limpios, recójense y colóquense en sitio decoroso» (1CtaCus 5; cf. Test 12).

Y si su veneración por los sacerdotes radicaba en la realidad «del oficio y de la administración del santísimo cuerpo y sangre de Cristo, que sacrifican sobre el altar y reciben y administran a otros» (2CtaF 33), así también la reverencia que exige en favor de los profesionales de la palabra de Dios, los teólogos: «Y a todos los teólogos y a los que nos administran las santísimas palabras divinas, debemos honrar y tener en veneración, como a quienes nos administran espíritu y vida» (Test 13).

La fundamentación teológica última de todo ello hay que encontrarla, como siempre, en esa contemplación admirativa de Francisco que ve en Jesús al Verbo eterno del Padre hecho hombre por amor: «Este Verbo del Padre, tan digno...» (2CtaF 4). Y esa palabra de salvación continúa a través de la buena nueva estampada en el Evangelio, «que es una fuerza de Dios para la salvación» (Rm 1,16). Esa eficacia de la palabra es algo vivo, algo que continúa a través de la vida sacramental y litúrgica³⁸.

IGLESIA: SACRAMENTO DE CRISTO

Intimamente ligado con esta concepción sobre la Eucaristía y la Palabra se halla todo el comportamiento y desarrollo doctrinal de Francisco sobre la Iglesia. «El aprendió evangelio y seguimiento de Cristo de y en la Iglesia»³⁹. El *vir evangelicus* llega por instinto al misterio de la Iglesia. Así como el misterio del Dios encarnado lo vive a través del Evangelio, esta experiencia le conduce a encontrar depositado el evangelio en la Iglesia: «Y después que el Señor me dio hermanos, nadie me mostraba qué debía hacer, sino que el Altísimo mismo me reveló que debía vivir según la forma del santo Evangelio. Y yo lo hice escribir en pocas palabras y sencillamente y el señor papa me lo confirmó» (Test 14-15).

Francisco gusta llamar a la Iglesia «nuestra santa madre la Iglesia» (CtaCle 13; TestS 5). Francisco, como siempre, ha vivido en su expe-

³⁸ El editor de las obras de San Francisco, Esser, recalca un detalle que confirma plenamente lo que estamos desarrollando: «Wie die Varianten in der neuen Edition critica wieder und wieder zeigen, haben die späteren Kopisten dieses Präsens gerne in ein Perfekt verwandelt: dicit in dixit, praecipit in praecepit usw. Offensichtlich haben sie die gläubige Ausdrucksweise des hl. Franziskus nicht mehr verstanden.» K. ESSER, *Evangelii Jesu Christi mysterium implere: Franziskanische Studien* 60 (1978) 350 (nota 16).

³⁹ Cf. Introducción a los escritos de San Francisco, en *San Francisco de Asís...*, 7.

riencia mística lo que en nuestros días, dado el desarrollo de la teología sobre la Iglesia, expresamos con las fórmulas «sentir con la Iglesia», «vivir con la Iglesia»... Ya en San Damián, uno de los momentos puntuales de su conversión, Francisco oye la voz del crucificado que le urge: «Francisco, vete, repara mi casa que, como ves, se viene del todo al suelo» (2C 10; cf. LM 2,1; TC 13). Y una vez agrupados en torno al Poverello los primeros seguidores, Francisco sin más se dirigirá a Roma para obtener de Inocencio III la confirmación de su forma de vida evangélica (1C 32; cf. LM 3,8; TC 46) ⁴⁰.

Para Francisco vivir según la forma de vida evangélica y la sumisión a la Iglesia van a la par: «Siempre sumisos y sujetos a los pies de la misma santa Iglesia, firmes en la fe católica, guardemos la pobreza y la humildad y el santo Evangelio de nuestro Señor Jesucristo que firmemente prometimos» (2R 12,4). Si, como decíamos anteriormente, el Evangelio es el lugar teológico donde necesariamente caerá Francisco en su búsqueda de Cristo, podríamos añadir igualmente que la Iglesia es otro «lugar teológico» inevitable donde Francisco encuentra esa Palabra con su vivencia litúrgico-sacramental.

Ese sentido eclesial de Francisco es tanto más llamativo y sorprendente dentro del contexto reformista de la época en que vivió. Los movimientos renovadores se multiplicaban por aquel entonces: los lombardos de Arnaldo de Brescia, los humillados, los pobres de Lyon, los valdenses, los cátaros, los amaurianos..., todos ellos con unas cuantas características que, dentro de sus diferencias, les uniformaban dentro de un denominador común:

- el Evangelio vivido en toda su radicalidad.
- la pobreza en no menor radicalidad.
- la vida común en régimen de comunidad.
- la predicación itinerante, incluso de los laicos.
- la práctica de la mendicidad y del trabajo manual.
- la reclamación respecto de los ricos de los *bona pauperum*, pues los bienes tienen una función social.
- la contestación de la Iglesia y de la sociedad ⁴¹.

⁴⁰ Prescindimos de los aspectos histórico-legendarios que puedan encerrarse en la narración del sueño que tuvo Inocencio III, quien ve la basílica de Letrán a punto de arruinarse y cómo un religioso menudo y despreciable arrima la espalda y la sostiene para que no caiga (2C 17; LM 3,10; TC 51), pues se trata de relatos que también se aplican a Domingo de Guzmán.

⁴¹ Cf. A. LAITA, *Tendencias y movimientos renovadores en la actualidad y en la Edad Media. Aportación franciscana*: Verdad y Vida 35 (1977) 189-219.

Pudiéramos afirmar que la última característica, la contestación crítica de la Iglesia con la no aceptación y hasta el rechazo positivo de la confirmación jerárquica del movimiento, enfrentándose directamente contra la misma, era la nota más drástica de estos movimientos que a partir del siglo XI pululaban. Precisamente es en este terreno donde Francisco se distingue de dichos movimientos. Aceptará muchas facetas de vivir propias de estos reformadores: abandono de los bienes, descalsez, vestir una túnica, predicación itinerante, el trabajo manual..., pues todo ello responde a la forma de vida evangélica, pero siempre bajo la guía y dirección y aprobación de la santa madre Iglesia. Se trata de una fidelidad evangélica que tiene como fundamento no tanto los vínculos externos y jurídicos, cuanto, y más bien, un profundo amor y un sincero propósito de obediencia a la voluntad de Cristo en el Evangelio, el cual ha confiado su Iglesia a Pedro y a sus sucesores. Este sentido eclesial le conduce a emitir lo que siempre ha sido un timbre de gloria en la Compañía de Jesús: el cuarto voto; pues «el hermano Francisco promete obediencia y reverencia al Señor papa Honorio y a sus sucesores canónicamente elegidos y a la Iglesia romana» (2R 1,2; cf. 1R prólogo 3). Su cristocentrismo le lleva a topar con la Iglesia; el *vir evangelicus* se trueca en el *vir catholicus*, título que ya Julián de Espira consagra en las primeras Vísperas del oficio litúrgico del Poverello.

En contra de las tendencias críticas y destructoras de los movimientos de la época, Francisco es cauteloso sobremanera tocante a la cualidad «eclesial» de los candidatos a la Orden. Diríamos que es en este punto donde aparece una brizna de algo que jamás ha sido su fuerte: lo jurídico. Así dirá: «Si algunos quieren tomar esta vida y vienen a nuestros hermanos, remítanlos a sus ministros provinciales...; y los ministros examínenlos diligentemente sobre la fe católica y los sacramentos de la Iglesia. Y si creen todo esto, y quieren profesarlo fielmente, y guardarlo firmemente...» (2R 2,1-3).

La misma predicación itinerante, nota característica de los movimientos heréticos de la época, Francisco la asume para sí y los suyos; pero, en contra de las costumbres de aquel entonces, «los hermanos no prediquen en la diócesis de un obispo cuando éste se lo haya prohibido» (2R 9,1; cf. 1R 17,1)⁴². Y para garantía de ello, el ministro general

⁴² En su Testamento Francisco, con una frase en que no sabemos qué admirar más, si su humildad o su gesto de sumisión a todo lo que representa orden jerárquico, dirá: «Y si tuviese tanta sabiduría como la que tuvo Salomón y me encontrase con algunos pobrecillos sacerdotes de este siglo, en las parroquias en que habitan no quiero predicar al margen de su voluntad» (Test 7).

debe concederles la autorización de predicar, pero tras examinarles y aprobarles (2R 9,2; cf. 1R 17,1-2).

Dentro de este contexto no nos puede extrañar que Francisco haya sido el primer fundador de orden religiosa que haya impuesto en su regla de vida la institución del Cardenal Protector, figura que ha estado en vigor hasta hace algunos años dentro de la legislación canónica (2R 12,3; cf. Test 33); y es llamativa la razón que aduce: «Para que, siempre sumisos y sujetos a los pies de la misma santa Iglesia, firmes en la fe católica, guardemos la pobreza y la humildad y el santo Evangelio de nuestro Señor Jesucristo que firmemente prometimos» (2R 12,4) ⁴³.

En esta perspectiva debemos contemplar también la obligación de que «los clérigos cumplan con el oficio divino según la ordenación de la santa Iglesia romana» (2R 3,1). Decisión de Francisco de enorme trascendencia por lo que mira a la unidad de la liturgia de la Iglesia occidental, aun cuando el Poverello no la tomara previendo estas consecuencias ⁴⁴.

Esa sumisión, obediencia y veneración, Francisco la extiende no sólo a las personas que poseen una jurisdicción en la Iglesia, sino a cuantos desempeñan un «orden, oficio y ministerio» (cf. 1R 19,3). De ahí su postura en orden a los sacerdotes. Ya hemos anotado la situación a veces hasta escandalosa de muchos de ellos en tiempos de Francisco; sus escritos hacen referencia más de una vez a tal estado. Pero para el *vir evangelicus* basta que el Evangelio diga: «El que os escucha a vosotros, a mí me escucha; y el que os rechaza, a mí me rechaza» (Lc 10,16), para que exija de los suyos «vivan siempre fieles y sumisos a los prelados y a todos los clérigos de la santa madre Iglesia» (TestS 5); a los sacerdotes quiere «temer, amar y honrar como a señores míos» (Test 8); no quiere «advertir pecado en ellos», porque mira «en ellos al Hijo de Dios y son mis señores» (Test 9); proclama bienaventurado al que «mantiene la fe en los clérigos que viven verdaderamente según la forma de la Iglesia romana» (Adm 26,1), mientras reprocha a quienes los desprecian, «pues, aun cuando sean pecadores,

⁴³ Celano recalcará el agrado del Papa ante la petición de Francisco de poseer un cardenal protector, sin duda porque veía claramente que rompía el Poverello con la actitud arrogante y destructora de los movimientos de la época (cf. 2C 25).

⁴⁴ Nos limitamos naturalmente a las motivaciones «eclesiales» de Francisco, pues desde un punto de vista científico de la liturgia se podría anotar con Schmucki: «ahora nos encontramos incluso en condiciones de comprender objetivamente la pérdida innegable de los valores contenidos en la riqueza de ritos litúrgicos locales, que fueron sacrificados sobre el altar de un uniformismo excesivo». O. SCHMUCKI, *La oración litúrgica según el ejemplo y la enseñanza de S. Francisco*: Selecciones de Franciscanismo 24 (1979) 492.

nadie, sin embargo, debe juzgarlos, porque el Señor mismo se reserva para sí solo el juicio sobre ellos» (Adm 26,2). Y siempre la misma motivación, «el ministerio que tienen del santísimo cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucristo, que ellos reciben y ellos solos administran a otros» (Adm 26,3; cf. 2CtaF 33). Es el misterio de la Iglesia, sacramento de Cristo; en la vivencia teológica de Francisco, la Iglesia se identifica con la presencia vivífica del mismo Cristo.

El «sentir con la Iglesia» identifica Francisco con el «ser católico». Llama la atención lo reiterativo del Poverello en orden a esta expresión. Sin duda, a causa de los movimientos heréticos de la época, forma ello parte de sus preocupaciones primordiales, en tal grado que llegará a afirmar: «Todos los hermanos sean católicos, vivan y hablen católicamente» (1R 19,1). En el Testamento, a su vez, unirá la obligación de recitar el oficio con el ser católico (Test 31), referencia quizá a los cátaros que, rechazando el Antiguo Testamento, impugnaban igualmente la recitación del oficio divino, por hallarse sus textos impregnados de páginas antio-testamentarias. Y el que tan suave se manifiesta en orden a la penitencia que los ministros deben imponer a los hermanos que pecan, «impónganles la penitencia con misericordia» (2R 7,2), en el caso de ser o no ser católico aparece implacable: «Si alguno se aparta de la fe y vida católica en dichos o en obras y no se enmienda, sea expulsado absolutamente de nuestra fraternidad» (1R 19,2; cf. igualmente CtaO 44; Test 31-33).

La vida y sentido eclesial de Francisco es un testimonio de los más puros y convincentes de cómo hay que comprender el misterio de la Iglesia. Francisco no rompió violentamente ni atacó desabridamente las estructuras eclesiásticas, al estilo de los movimientos «evangélicos» que en su época estimaban que la integridad de vida cristiana les daba derecho a toda clase de ataques y anatemas contra la jerarquía y las instituciones. Como en todos los demás órdenes de vida Francisco hará la reforma también en este campo, pero sin romper ni atacar nada ni a nadie: vivirá en toda su integridad de pureza y libertad el evangelio de nuestro Señor Jesucristo, que inevitablemente le conduce al misterio de la Iglesia, misterio que a su vez implica el escándalo de la Encarnación. Y tan escandaloso es que Dios se haga hombre como que la Iglesia se encarne a través de estructuras deficientes y no siempre dignas del misterio que encierra.

VIDA CRISTIANA: «SEQUI VESTIGIA EIUS»

Bajo esta perspectiva cristológica debemos contemplar todo en la espiritualidad franciscana. Todo, en suma, será una consecuencia del

sequi vestigia eius. A través de las diferentes actitudes evangélicas que Francisco exige de los suyos, no podemos ver jamás meras instrucciones ascéticas. Ello desvirtuaría básicamente la razón de ser y de vivir de Francisco. Es a base del seguimiento de Jesús como Francisco contempla la razón de ser de su vida y la de sus seguidores.

Eso vemos claramente en la motivación de la pobreza franciscana, virtud que tanto se ha recalcado y que ha dado origen sin duda a tantas discusiones, escisiones y hasta condenaciones en la orden franciscana. La pobreza en Francisco no radica en ninguna razón de orden social, económico, ascético; su única razón estriba en la imitación de Cristo. Francisco queda anonadado ante el gesto kenótico del Verbo quien, siendo rico, se hizo pobre (2 Co 8,9; Flp 2,7). Por razón de dicha imitación, «empéñense todos los hermanos en seguir la humildad y pobreza de nuestro Señor Jesucristo y recuerden que nada hemos de tener de este mundo» (1R 9,1). Como anotamos anteriormente, los movimientos reformistas de la época se caracterizaban por una pobreza material radicalizada. Francisco no será menos radical, pero en su radicalidad no se detiene en lo meramente material. Partiendo de Cristo quiere desprenderse de todo; pero abrazando la motivación última que ha llevado al Verbo a encarnarse, topa Francisco con toda la creación que, en Cristo y por Cristo, se convierte en una familia. Todo en este mundo es transparencia del Creador, en toda cosa se esconde Dios. Por ello nadie como Francisco ha gozado en la contemplación de las cosas, nadie se ha aprovechado de las criaturas como el Poverello; pero es el caballero que todo lo hace por su Señor, que ni abusa ni esclaviza. Es el hermano de todo y de todos. Porque se desprende de todo, es el único que libre y sin peligro alguno puede gozar, amar, todo y a todos.

En contra de los movimientos de su época, la pobreza de Francisco no es agresiva ni condenatoria. Pero sí es profética, en cuanto está al servicio de Cristo y de su mensaje. Por eso no sólo no ataca, sino que prescribe a los suyos: «Amonesto y exhorto a todos a que no desprecien ni juzguen a quienes ven que se visten de prendas muelles y de colores y que toman manjares y bebidas exquisitos; al contrario, cada uno júzguese y despréciese a sí mismo» (2R 2,17). La pobreza de Francisco es algo teologal, no algo meramente ascético: «Y, siendo El sobremanera rico, quiso, junto con la bienaventurada Virgen, su Madre, escoger en el mundo la pobreza» (2CtaF 5). Aquí radica la «excelencia de la altísima pobreza» (2R 6,4), pues así vino el Verbo a la tierra (cf.

Adm 1,16). así «fue pobre y huésped y vivió de limosna tanto El como la Virgen bienaventurada y sus discípulos» (1R 9,5).

De ahí que Francisco exprese este seguimiento pobre de Cristo no sólo con el término que se ha hecho clásico en la legislación religiosa de los votos: pobreza, sino esa otra expresión, «sin nada propio» (1R 1,1; 2R 1,1), que abarca indudablemente mucho más que la simple apropiación de bienes materiales. La pobreza franciscana exige:

- el no apropiarse «nada para sí, ni casa, ni lugar, ni cosa alguna» (2R 6,1; 1R 7,13-14; 8,3; Test 24) ⁴⁵.
- el vivir desprovisto de toda posesión, rentas, etc., en contra de las tradiciones monásticas anteriores, recurriendo al propio trabajo (1R 7,3-7; 2R 5,1-3; Test 20-21); y, en caso de necesidad, a pedir limosna de puerta en puerta (Test 22-23; 1R 7,8; 2R 6,2-3).
- el desapego del cargo (Adm 4; 19,3; 1R 5,9; 17,4).
- el no gloriarse en la ciencia (Adm 5,5; 7,4).
- el privarse del derecho de juzgar (Adm 11), y negar su propia voluntad (Adm 2).
- el no enojarse ni turbarse por cosa alguna (Adm 11,3).
- el no alterarse por palabras injuriosas (Adm 14).
- el no enaltecerse más «por el bien que el Señor dice y obra por su medio, que por el que dice y obra por medio de otro» (Adm 17,1).
- el no tenerse por mejor «cuando uno es engrandecido y enaltecido por los hombres que cuando es tenido por vil, simple y despreciable, porque cuanto es el hombre ante Dios, tanto es y no más» (Adm 19,1-2) ⁴⁶.
- el no acaparar los dones y bienes que el Señor obra por medio de uno (Adm 12,1-3), sino que devuelve todo al Señor Dios (Adm,18).

Nos encontramos ciertamente muy lejos de las concepciones ebionitas, espirituales, etc., que a lo largo de los siglos cristianos y franciscanos

⁴⁵ En el Testamento añadirá a continuación: «hospedándose siempre allí como forasteros y peregrinos». Es una expresión de clara evocación escriturística (cf. Gn 23,4; Sal 38,13; 1 P 2,11), que Francisco cita también en 2R 6,2. Y, tras prohibir pedir en la curia romana ningún documento acreditador en favor de iglesias y lugares, etc., subraya todo con esa norma de vida y comportamiento que el seguidor de Francisco debe tener presente: «si en algún lugar no son recibidos, márchense a otra tierra a hacer penitencia con la bendición de Dios»: Test 26. Es la aplicación franciscana de la máxima evangélica: «Las zorras tienen guaridas, y las aves del cielo nidos; pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza» (Lc 9,58).

⁴⁶ Razón grandiosa que bastaría para inmortalizar al simple y sencillo Francisco.

canos han enturbiado, manipulado y hasta adulterado una virtud cuya raíz última radica en la iniciativa fontal de todo el misterio cristiano. Comprendemos por qué Francisco, en el Saludo a las Virtudes, una armónicamente la pobreza con la humildad: «¡Señora santa pobreza, el Señor te salve con tu hermana la santa humildad!» (SalVir 2). Es esa auténtica pobreza, que entraña desprendimiento, desapego, plena conformidad a la voluntad de Dios, lo que está en la base de la oración franciscana: «Removido todo impedimento y pospuesta toda preocupación y solicitud, como mejor puedan, sirvan, amen, honren y adoren al Señor Dios» (1R 22,26). Como ya insinuamos anteriormente, la oración franciscana, radicada en esa contemplación admirativa de lo que es Dios y de lo que ha llevado a cabo en su obra de salvación, es esencialmente latréutica y eucarística: «Y restituyamos todos los bienes al Señor Dios altísimo y sumo, y reconozcamos que todos son suyos, y démosle gracias por todos ellos, ya que todo bien de El procede. Y el mismo altísimo y sumo, solo Dios verdadero, posea, a El se le tributen y El reciba todos los honores y reverencias, todas las alabanzas y bendiciones, todas las acciones de gracias y la gloria; suyo es todo bien; sólo El es bueno» (1R 17,17-18).

Dado el espacio que se nos ha prefijado, no nos es posible más que enunciar una serie de aspectos bien fundamentales que se desprenden del *sequi vestigia eius*, y que merecerían ciertamente una exposición más detallada; su concepción sobre la fraternidad que ha fundado, «todos sin excepción llámense hermanos menores» (1R 6,3), pues para Francisco la perspectiva de Cristo que, en virtud de la Encarnación, se ha hecho hermano, «el primogénito entre muchos hermanos» (Rm 8,29), está en la base de su consideración sobre el Dios-sumo Bien. Si Dios se nos da, también nosotros nos debemos dar: el don de Dios se trueca en don recíproco de los unos para con los otros; de ahí que no sólo serán hermanos, sino hermanos «menores»: «Puesto que soy siervo de todos, a todos estoy obligado a servir» (2CtaF 2).

El «todos vosotros sois hermanos» y «uno solo es vuestro Padre: el del cielo» (Mt 23,8-9; cf. 1R 22,33-34), lleva a Francisco a fundamentar su fraternidad en lo que se ha apellidado la «obediencia caritativa», conforme al emparejamiento que el Poverello establece en el Saludo a las Virtudes: «¡Señora santa caridad, el Señor te salve con tu hermana la santa obediencia!» (SalVir 3). Comprendemos su «resistencia pasiva» a ciertos intentos por parte de la curia romana de estructurar en tonos jurídicistas su fraternidad; pues teme Francisco que ello conlleve una pérdida de fidelidad al Evangelio. De ahí la máxima que da al hermano León: «Compórtate, con la bendición de Dios y mi obe-

diencia, como mejor te parezca que agradas al Señor Dios y sigues sus huellas y pobreza» (CtaL 3). No nos puede extrañar que su vivencia evangélica le lleve a revolucionar los términos empleados en la organización monástica existente hasta su tiempo: «Nadie sea llamado prior» (1R 6,3), sino ministro, siervo (cf. 1R 4,2), y los hermanos de la fraternidad tratarán con los ministros al igual que los señores con sus siervos, «pues así debe ser, que los ministros sean siervos de todos los hermanos» (2R 10,6). Es la aplicación, no jurídica, pero sí existencial, del texto evangélico: «El mayor entre vosotros sea como el menor y el que manda como el que sirve» (Lc 22,26). Entre los fundadores de órdenes religiosas pocos habrá que hayan buscado en grado tal salvar la fidelidad e iniciativa personal por lo que mira a la obediencia; pues no es la agrupación bajo un plano jurídico lo que constituye a la fraternidad franciscana, sino esa fidelidad a la voz del Espíritu en la respuesta al ideal evangélico, que hace de todos los seguidores de Francisco «hermanos espirituales» (2R 6,8). Y, claro está, el Espíritu es «anárquico», «sopla donde quiere» (Jn 3,8); de ahí esa norma tan sabia que la discípula predilecta de Francisco, Clara de Asís, establece en su regla para las clarisas: «La abadesa está obligada a llamar a sus hermanas a capítulo al menos una vez cada semana... Y confiera en él con todas sus hermanas acerca de las cosas que se hayan de tratar para utilidad y bien del monasterio; porque muchas veces revela el Señor al menor lo que es mejor» (Regla de Santa Clara 4,12)⁴⁷. Es el Espíritu quien debe guiar a los seguidores de Francisco, no tanto las estructuras y ordenamientos jurídicos.

Esa bondad fontal de la que parte Francisco en su contemplación admirativa de Dios y de la Encarnación, hace que vea en todas las cosas un espejo lucidísimo del sumo Bien, sirviéndose de las huellas impresas en las cosas como de una escala para subir hasta el trono del Amado (cf. 2C 165). Totalmente poseído por Dios, en todo ve al Creador, en todo ve su obra. Diríamos que la creación entera se trueca en un libro transparente donde Francisco lee, vislumbra y goza de su Dios. De ahí que esa contemplación y ese disfrute en modo alguno sean obstáculo, óbice, en el *Itinerarium mentis in Deum*. Y dado que de ese amor de Dios proviene su obra maestra, el Dios hecho hombre, Fran-

⁴⁷ Cf. OMAECHEVARRÍA, o.c., 260. Celano nos recuerda que el Poverello solía repetir: «En Dios no hay acepción de personas, y el ministro general de la Religión —que es el Espíritu Santo— se posa igual sobre el pobre y sobre el rico» (2C 193). Aun cuando no podamos desarrollar el tema del Espíritu en los escritos de Francisco, no debe pasar desapercibido el hecho de que, a través de los siglos franciscanos, los que han roto con la fraternidad han sido normalmente los «Espirituales», es decir, quienes defendían el cumplimiento a la letra de la Regla y Testamento de Francisco.

cisco contempla la creación sublimada, engrandecida; por ello ama con predilección a aquellas criaturas que le recuerdan más los misterios de Cristo (cf. 1C 77). Todas las criaturas se truecan en «hermanos», con ellas conversa, dialoga (cf. 1C 58-61; 2C 165-166.200; 3C 31-32; LM 5,9; 8,7-11; 12,3; 14,6; Flor 21-22; LP 14.48-86; EP 113-115; TC 23), pues «todas las criaturas que están bajo el cielo sirven, conocen y obedecen, a su modo, a su Creador mejor que tú» (Adm 5,2). Bien podemos decir que el Poverello ha vivido la situación o perspectiva paradisíaca que se pinta en ciertos trozos bíblicos (cf. Is 11,6-8; 65-25). Auténtico jugador de Dios, compondrá el «Cántico de las criaturas», joya espiritual de admiración y alabanza; ni podemos olvidar la «Exhortación a la alabanza a Dios» y las «Alabanzas que se han de decir en todas las horas», obritas igualmente redactadas por Francisco, a base de textos tomados de los Salmos, Daniel, Apocalipsis y el *Te Deum*. Bien acreedor se ha hecho al título de Patrono de los Ecologistas, que oficialmente le ha conferido el Papa Juan Pablo II por su Bula *Inter Sanctos*, del 29 de noviembre de 1979⁴⁸.

El *vir evangelicus* necesariamente se completa con el *vir apostolicus*, como Julián de Espira apellida a Francisco en el oficio litúrgico compuesto para su fiesta. La faceta de misión y predicación es consecuencia de la forma evangélica de vida asumida por el Poverello, al igual que todos los demás aspectos de su espiritualidad. Francisco contempla a Jesús como el don salvífico por excelencia del amor del Padre, y eso le basta: «Consideremos nuestra vocación, a la cual por su misericordia nos ha llamado el Señor, no tanto por nuestra salvación cuanto por la salvación de muchos otros» (TC 36). El *sequi vestigia eius* impele a Francisco a introducir por primera vez en una regla la perspectiva misionera (1R 16,3-4; 2R 12,1-2). «En la Regla (de San Benito) no se halla alusión alguna a cualquier clase de actividad "apostólica" del monje fuera del cenobio»⁴⁹. Si algunos monjes benedictinos cristianizan los países europeos, ello no se debe al espíritu misionero que se desprende de la Regla, sino al deseo de los Papas que les envían con dicha finalidad. Los seguidores de Francisco por su profesión evangélica están llamados «non a vivere in una tranquilla e devota "fraternità", bensì a seguire Cristo in vita itinerante, povera, insicura, ma benefica e pacificatrice a favore di tutti»⁵⁰. Pero Francisco recalca, más que el mismo mensaje a predicar, la forma de vida evangélica a vivir. Dar testimonio de vida, vida pobre, humilde, minorítica; de ahí la do-

⁴⁸ AAS LXXI (1979) 1509-1510.

⁴⁹ G. COLOMBÁS, *San Benito* (BAC) Madrid 1954, 58.

⁵⁰ S. DA CAMPAGNOLA, *Lettura delle Fonti Francescane per un itinerario di spiritualità*: Laurentianum 20 (1979) 173.

ble actuación posible que Francisco establece: «Y los hermanos que van, pueden comportarse entre ellos espiritualmente de dos modos. Uno, que no promuevan disputas y controversias, sino que se sometan a toda criatura por Dios y confiesen que son cristianos. Otro, que, cuando les parezca que agrada al Señor, anuncien la palabra de Dios para que crean...» (1R 16,5-7). Los dos modos entran dentro de la metodología misionera tanto evangélica como franciscana. Y dato curioso: Francisco vive en un período de cruzadas; pero, de acuerdo con el Evangelio y adelantándose en siglos a nuestra mentalidad actual, establece para sí y para los suyos métodos y tácticas de cuya eficacia nadie podría pronosticar. Pero, a poca distancia de los campamentos cruzados, Francisco llega hasta la presencia del Sultán Al-Malik al Kamil, y le ofrece la paz de Cristo, y le hablará también de Jesús. Y sabemos que se separaron como amigos (cf. 1C 57; LM 9,8). Es testimonio gráfico y realización práctica de lo que Francisco ordena en general a los suyos cuando van por el mundo: «Aconsejo, amonesto y exhorto en el Señor Jesucristo a mis hermanos que, cuando van por el mundo, no litiguen ni contiendan de palabra ni juzguen a otros; sino sean apacibles, pacíficos y mesurados, mansos y humildes, hablando a todos decorosamente, como conviene» (2R 3,10-11). Y no es que Francisco establezca el primer modo por razones de temor y cobardía, no; es bien explícito cuando, a renglón seguido, dirá: «Y todos los hermanos, dondequiera que estén, recuerden que se dieron y abandonaron sus cuerpos al Señor Jesucristo. Y por su amor deben exponerse a los enemigos tanto visibles como invisibles» (1R 16,10-11), citando a continuación toda una serie de textos evangélicos, que bien pueden formar parte de un código, no tanto jurídico, cuanto ascético-místico del auténtico misionero cristiano.

CONCLUSIÓN

La doctrina cristológica de San Francisco de Asís, al igual que su concepción teológica sobre el Dios-Amor en la que se sustenta, es de una simplicidad y sencillez que arrebató admirativamente. Buenaventura tiene una frase genial que sintetiza maravillosamente toda la vida de Francisco en su dimensión global, horizontal y vertical: «La piedad es la que por la devoción le remontaba hasta Dios; por la compasión, le transformaba en Cristo; por la condescendencia, lo inclinaba hacia el prójimo, y por la reconciliación universal con cada una de las criaturas, le retornaba al estado de inocencia» (LM 8,1). En pocos santos, y en pocas síntesis doctrinales, encontraremos tan perfectamente entre-

lazados y armonizados los conceptos de cristología ascendente y descendente, los aspectos horizontalistas y verticalistas, etc., que hoy en día con relativa frecuencia llevan a cierta disgregación, por no decir marginación, de elementos que forman parte del acervo teológico en torno al misterio teándrico de Jesús de Nazaret.

La unidad dialéctica existente entre la divinidad y la humanidad, tal como lo captó, admiró, contempló y exaltó el Poverello, truecan a Francisco en la figura que, como dice Juan Pablo II, «sugiere algunas pistas de reflexión sobre el modo de realizar hoy una encarnación del Evangelio: encontrar a Cristo, seguirlo en la Iglesia, amarlo en los pobres, anunciando la alegría y la paz»⁵¹. Pues Francisco «encontró a Cristo; se dejó conquistar por Cristo. Aquí reside la fuente y la explicación de su singular y atrayente personalidad. Sin Cristo no se explica la pobreza, la libertad, el amor, la alegría, la poesía de san Francisco»⁵².

Se atribuye a Chesterton la frase: «Después de Francisco es más fácil ser hombre.» Sea cual fuere la autenticidad de la frase, responde a ese sentimiento que experimenta todo cristiano cuando capta la profundidad, grandeza y belleza del ser, del mensaje y de la misión de Cristo. Pues si la vida de todo cristiano es, como dice Schillebeeckx, un pedazo, un trozo de Cristología viva⁵³, bien podemos afirmar que en Francisco, el «alter Christus», su única grandeza radica en el interés por vivir la forma del santo evangelio, donde se encierra la fuerza vivífica del Señor. Como decíamos anteriormente, Francisco nada tiene de original; pero ahí precisamente estriba su grandeza. Francisco es solamente un auténtico «cristiano».

Queremos cerrar esta exposición citando a un autor que, por razón de su pertenencia a la Orden Dominicana, se halla fraternalmente vinculado al ideal y vida franciscanos: «Respecto a ese Absoluto del Evangelio no podemos sino presentar consecuencias precarias, parciales: especie de parábolas de su justicia perfecta... Entre esas parábolas humanas, la vida de san Francisco de Asís es, sin duda, la más próxima, la más semejante. La aplicaríamos, con gusto, las hermosas palabras del padre Allo a propósito de san Pablo: ha sido "el primero después del Único"»⁵⁴.

JOSÉ DE GOITIA

⁵¹ JUAN PABLO II, *Discurso a los jóvenes en el estadio de Padua*, el 22-IX-1982. Cf. *Selecciones de Franciscanismo* 11 (1982) 360.

⁵² *Idem*, *ib.*, 361.

⁵³ «Ein Stück lebendiger Christologie». E. SCHILLEBEECKX, *Christus und die Christen*, Freiburg 1977, 622.

⁵⁴ Y. M. CONGAR, *Los caminos del Dios vivo*, Barcelona 1967, 271.